

dición no era la más á propósito para dar de comer á sus autores. Agregábanse á un señor y formaban parte de su casa, con el mismo título que un paje ó un mono. Así tenían asegurado el plato.

Malleville hizo versos agradables, amables y fáciles. Perteneció al hotel de Rambouillet y á la Academia francesa. Manejaba con gracia y desenvoltura los géneros difíciles del soneto y del rondó. Ya hemos leído un soneto suyo.

De Malleville (1594-1624) hay un soneto muy célebre, que se llama

Juan Ogé de Gombaud (1570-1666) á quien Boileau cita no muy lisonjeramente, como muy alabado en su tiempo, fué un noble hugonote, que llegó de la Saintonge á Paris, hacia fines del reinado de Enrique IV, se hizo notar de Maria de Médicis, obtuvo pensiones de Luis XIII y de algunos señores, en particular del duque de Montausier, figuró entre los fundadores de la Academia francesa, se vió encargado de la redacción de algunos informes, como el del Diccionario de la Academia, y colaboró en el juicio final de la querrela del *Cid*. Escribió además una novela de *Endimión*, sonetos, y epigramas en que Tallermant des Reaux no hallaba la menor sal. Su fama no le sobrevivió.

Le voilà, ce poignard, qui du sang de son maître
S'est souillé lâchement. — Il en rougit, le traître!¹

Estos dos versos de la tragedia de *Piramo y Tisbe* son todo lo que se cita de Teófilo de Viau. No es mucho que digamos.

Teófilo (1590-1626) nació en Boussère-Sainte-Radegonde-sur-Lot, estudió en Saumur y vino á Paris en 1610 para buscar fortuna, pues no tenía más que su talento; ni siquiera poseía ventajas físicas. He aquí su retrato tal como figura al frente de la edición de sus obras:

Está representado con un *pallium* antiguo en los hombros y una corona de laurel en la cabeza, lo cual produce singular contraste con sus retorcidos mostachos y su barba cortada al estilo de los refinados; su cara es huesuda y seca y se halla profundamente surcada en todos sentidos; las protuberancias frontales son prominentes; tiene los ojos poco rasgados pero llenos de fuego;

1.

Helo, helo aquí, el puñal
Que en sangre de su señor
Se manchó cobardemente.
— ; Cuál enrojece (*) el traidor

(*) Enrojecer está empleado por avergonzarse

la nariz bastante gruesa, aunque de forma aguileña; el labio inferior como abotagado y desdenosamente saliente; tiene cara de hombre que ha amado y sufrido, que ha pensado y obrado, que se ha visto falto de todo y que ha abusado de todo; cara en fin de poeta que ha vivido, cosa desdichadamente muy rara entre los poetas. (T. Gautier.)

Se necesita tal vez tener muy buenos ojos para ver todo esto en una estampa; lo cierto es que era feo. Trabó amistad y luego se indispuso con Balzac, poniéndose ambos como chupa de dómine. Después de un viaje á Holanda, cultivó todos los géneros corrientes entonces: poesías para bailes, carteles, divisas y mascaradas; logró dar gusto á su época, la cual exigía gran amaneramiento en las ideas. Pero; tenía tanta facilidad! Su fuerte era la improvisación. Improvisaba versos con tal talento que hubiera podido vivir [de él si hubiera consentido en exhibirse en público. Improvisaba con cualquier pretexto¹.

Un día le mostraron una estatua de Enrique IV y exclamó:

Petit, gentil, joli cheval,
Doux au monter, doux au descendre
Sans être un autre Bucéphal
Tu portes bien plus qu'Alexandre².

Era protestante é imprudente y fué perseguido. Huyó en 1619 y se refugió en Londres desde donde dirigió una hermosa oda al rey Luis XIII.

Fué llamado del destierro y, como la travesía le había hecho sufrir mucho, para evitarse una nueva, abjuró; pero siguió siendo sospechoso y fué condenado por el Parlamento á ser quemado vivo á consecuencia de ciertas expresiones malsonantes. Lo fué, en verdad, en efigie, en 1623. Habiendo huido nuevamente, fué preso y encerrado, conmutándose su pena en la de destierro. Refugióse en casa de su protector, el duque de Montmorency en Chantilly, donde escribió unos versos titulados *El Bosque de Silvia*, nombre que ha quedado al bosque que en ellos cantaba.

No debía sobrevivir largo tiempo á su destierro. Habiendo caído enfermo, pidió con gran insistencia un arenque curado, cosa que le negaron por no ser manjar propio de moribundo. Y se murió de despecho.

Boileau no admitía que se diese la preferencia á Teófilo sobre Malherbe ó Racán. Sin embargo, posee, en mayor grado que ellos, la

1. En esto se parecía á nuestro Quevedo, cuya fama de improvisador ha hecho que se le atribuyan pecados poéticos que no cometió. (N. del T.)

2.

Caballo lindo y gracioso,
De fácil manejo y manso,
Aun más que á Alejandro llevas,
Sin ser segundo Bucéfalo.

sinceridad y el don de la emoción, no siéndoles además inferior en el estilo. Teófilo Gautier admiraba á Teófilo de Viau, por ser su tocayo. La razón no sería de gran peso si no hubiese otras, como las hay. En efecto sobresalía en verso y sabía también manejar la prosa. He aquí un breve pasaje que es delicioso.

La aurora, vestida de oro y azul, cubierta de perlas y rubíes aparecía en las puertas del oriente. Las estrellas, deslumbradas por tan viva claridad, disimulaban su blancura y poco á poco iban tomando el color del cielo. Volvían las fieras á refugiarse en el bosque y volvían los hombres al trabajo; el silencio sucedía el ruido, y la luz á las tinieblas.

Versificaba con desenvoltura y á su antojo, según la fórmula poética que redactó en agradable forma al frente de su tragedia *Pasifae* y en la que decía entre otras cosas que « quería hacer versos á su guisa, meditar á sus anchas y soñar con completa libertad ».

Teófilo escribió excelentes versos, mucho más justos que los de Régnier, acerca de la escuela poética de Malherbe.

Compadece á esos poetas « á la moderna » que « raspan tanto el francés que acaban por desollarlo » y no tienen otra base en que fundar su gloria.

Mostró gran acierto en la descripción de paisajes y tiene estrofas exquisitas como ésta :

Dans le val solitaire et sombre
Le cerf qui brame au bruit de l'eau,
Penchant ses yeux dans un ruisseau
S'amuse à regarder son ombre!

« Es un verdadero gran poeta » decía Teófilo Gautier. Su simpatía de tocayo le hacía exagerar algo, pero seguramente era un poeta y sería inicuo el negarlo.

Entre todos sus contemporáneos hay uno que no es poeta, pero que desempeñó un papel demasiado importante para que no le consagremos un recuerdo; fuera de no haber hecho versos, fué también un tirano de las palabras y de las sílabas y tiene derecho á ocupar aquí un puesto y no en otra parte: me refiero á Balzac.

Luis Guez de Balzac (1594-1654) fué un gran señor literato. Nació

1.

En el valle sombrío y solitario
Al rumor de las aguas brama el ciervo,
É inclinando la vista se divierte
Contemplando su sombra en el riachuelo.

y educado en el castillo de sus padres, en Balzac, cerca de Angulema, después de haber recibido una educación muy cuidadosa, viajó porque los viajes eran considerados entonces como el complemento necesario de los estudios y, en virtud de una costumbre perdida en mal hora, los hijos de buenas familias recorrían el mundo antes de empezar á figurar en él.

Á su regreso llevó vida alegre en compañía de su amigo Teófilo de Viau. El duque de Epernon, protector de su hermano, se interesó por él, y el hijo del duque, el cardenal de Lavalette, se lo llevó á Roma desde donde Balzac escribió sus primeras cartas que fueron leídas en los salones y llamaron la atención.

En 1622, regresó á París donde le habían dado á conocer sus misivas y donde fué muy bien recibido y apreciado. Balzac no tenía ya que buscar su camino; le bastaba seguir las indicaciones del éxito y consagrarse á la literatura epistolar.

Buena prueba de su favor la dieron por entonces los ataques, insinuaciones y envidias de que fué objeto. Dom Andrés de Saint-Denis escribió un libelo en que demostraba que Balzac era un plagiaro y un bandido literario. El padre Goulu le dirigió otro libelo. Balzac les contestó con su *Apología* firmada por el prior Ogier. En ella no se andaba corto en prodigarse alabanzas. Sus enemigos se aprovecharon de ella como de una nueva arma, y la insolencia del joven escritor desagradó á más de cuatro. Richelieu le juzgó demasiado orgulloso y demasiado engreído con su éxito. Balzac no se dignó solicitar su protección y se marchó.

Fué aquél un golpe de mano maestra. El primer deber de un escritor epistolar consiste en escribir cartas y sobre todo en enviarlas. En París, Balzac sólo podía suponer una correspondencia ficticia y fría, porque la ciudad no era tan grande que no fuese posible verse todos los días. En cuanto á enviar las cartas afuera era lo mismo que perderlas, pues no se lee con el mismo interés la copia de una carta enviada que el original de una que llega.

La primera condición del éxito de Balzac consistía pues en el alejamiento. Había que comprar la gloria con la ausencia. El arquero que apunta á un blanco se coloca á cierta distancia y no encima del mismo. Balzac hizo otro tanto para lanzar sobre París sus epístolas. De esta suerte pareció más original, más raro y se habló mucho más de su destierro que se hubiera hablado de su presencia. El ermitaño de la Charente supo mantener su fama con la regularidad de sus cartas. Costar, Voiture y Chapelain fueron sus más asiduos correspondientes, y hallaron en el hotel de Rambouillet un auditorio competente, numeroso, atento y bien dispuesto. Porque las circunstancias entran por mucho en el éxito, cualquiera que éste sea. En vano hubiera sido que Balzac escribiera sus más hermosas epístolas en tiempo de Enrique III ó En-

rique IV. Necesitaba salones en que una reunión de gente culta crease el esnobismo de la admiración común y, precisamente éstos acababan de nacer como para procurarle un palenque donde poder triunfar.

¿Eran pues estas cartas dignas de la atención que excitaban? En general conservaban cierta vaguedad; no eran ni una crónica ni un diario; no se notaba en ellas el menor cuidado por la actualidad, las personalidades ó las anécdotas. Son disertaciones sobre temas vastos, escritas en estilo pulido, limado, castigado con severidad, revisado, releído, manoseado en que nada se dejaba á la inspiración ni al capricho de la pluma. Parecería pues que semejantes páginas, hijas de su época, hubieran debido perdurar sin envejecer, eternizarse, y á lo menos llegar hasta nosotros, porque ni las contingencias ni el medio ambiente ni los detalles históricos, ni los recuerdos ni los sucesos diversos les imponen una época ó una fecha.

Y sin embargo, las cartas de Balzac no han vivido y, si un editor pensase en reimprimirlas, le saldría cara la broma. ¿Por qué tuvieron pues éxito? Porque eran obras maestras de estilo paciente; porque lo merecían por haber contribuido á fijar la lengua francesa moderna; porque eran enviadas con gran habilidad y con muy profundo conocimiento del arte de la publicidad; por último porque contenían elogios que le conciliaban el favor del auditorio mundano ante el cual se leían. Por eso tenían gran éxito como lo tienen hoy los periódicos en que se cita á las personalidades de la buena sociedad.

José de Maistre, que era consumado maestro en el arte epistolar, ha juzgado con mucha justicia dichas páginas:

Como contenían siempre cosas muy lisonjeras para las personas á quienes iban dirigidas, se atribuía gran importancia á su comunicación y hasta se sacaban copias. Balzac había contado con la vanidad de sus corresponsales y no se equivocaba en sus cálculos. Las alabanzas que prodigaba á los demás debían servir de vehículo á su propia reputación. En el fondo aquellas cartas eran muy á propósito para producir sensación. Balzac, á quien no le faltaba elevación de miras, hallaba un lenguaje erizado de griego y de latín. Malherbe había empezado por purgar la poesía de estas locuciones extrañas; tenía número y armonía sin dejar de ser correcto; Balzac hizo llevar á cabo en la prosa la misma revolución que Malherbe había realizado en los versos. No podía lograrlo sino con escritos en que el francés se mostrase con todas sus ventajas y despojado de aquella superfetación de erudición griega y latina.

Balzac puso en sus cartas las preocupaciones de un erudito y los escrúpulos de un gramático que, poco satisfecho de su lengua, que encuentra ruda, informe, seca y casi bárbara, procura con todas sus fuerzas comunicarle corrección sin perjudicar á la naturalidad; armonía sin quitarle vigor, y colorido sin enervarla.

El éxito fué grande y todos consideraban como una honra el recibir una carta de Balzac.

De esta suerte se formó la famosa colección empezada por el cardenal de La Valette, verdaderos trozos oratorios de corte ciceroniano, de mucho arte en cuanto á los periodos y á los rasgos de ingenio, de hábil retórica, de raras cualidades en cuanto al número y la armonía, y de infinita ingeniosidad en cuanto á las fórmulas finales de cortesía. Pero apenas puede llamarse género epistolar, pues aquellas cartas no tienen ni la ligera abundancia, ni el encantador abandono, ni la gracia espontánea. Es el correo de un pedante hábil. El duque de Montausier formó otra colección á la que con justicia llamó *Coloquios*, porque ¡tienen tan poco de cartas! De estilo firme y sólido, de vasta erudición, dan pruebas de amplia lectura y de asiduo comercio con los antiguos. Son disertaciones sobre *Floro, Petronio, Terencio, Montaigne ó Malherbe*; son crítica de los textos y respuestas á cuestiones de casuística gramatical que le dirigían de todas partes. Á este propósito decía:

— Recibo francés de Castelnaudary, versos de la baja Bretaña, y latín de Gotia y de Vandalia.

Tenía que responder á todos y en esto se entretenía, difundiendo así por el mundo el fruto de su laboriosa facilidad. Á veces finge enfadarse y dice:

— Ganas me dan de cambiar de nombre.

Pero es pura coquetería de grande hombre que, si hubiera logrado hacer perder la pista á tales homenajes, él mismo les hubiera mostrado de nuevo el camino.

Es un estilista, un purista, un gramático, y nos parece insípido hoy. La filología huye de la sociedad y de los salones, pues ya no se la vulgariza. Pero hay que transportarse á aquellos años de la primera mitad del siglo xvii, que señalaron una fecha capital en la historia de nuestra lengua. Ésta sufrió la más súbita y profunda transformación, de la que fueron principalmente autores Ronsard, Malherbe, los Preciosos, Descartes y Balzac. En el espacio de la vida de un hombre se hablaron en Francia el francés antiguo y el moderno. La revolución del lenguaje fué asunto de algunos años y fué consciente, decidida, reflexiva y procurada con el mayor esmero. Imagínese la fiebre que debía tener en ebullición los espíritus y figúrese el lector el estado de un pueblo que, en el espacio de cuarenta años, cambia de lengua; hablaba *Rabelais* y ahora habla *Balzac*. Las palabras, giros, frases y gramática sufren innovaciones que apasionan, encantan, dan que pensar y atraen; toda la actividad se concentra en el movimiento literario que prepara el porvenir con tanta rapidez; se le sigue, se fiscaliza, se aprueba y se discute. No hacerse cargo del estado de ánimo de aquellos hombres y no experimentar algo de su apasionado asombro, de su ardor y de sus entusiasmos equivale á condenarse á no comprender

nada de aquel período, el único tal vez en que la gramática recibió de la buena sociedad y de las mujeres los honores y obsequios que se le prodigaron por las razones dichas.

El atractivo gramatical y filológico de las cartas de Balzac no podemos comprenderlo nosotros, que empleamos, sin darnos cuenta de ello, la lengua que él estableció. Por otra parte, faltan el sentimiento, el corazón y la pasión, es decir todo lo que es generalmente humano y simpático. No hay ni efusiones ni confidencias. Sólo el espíritu, la inteligencia y la razón hallarán en ello algún atractivo porque contiene ideas justas, fuertes, y consideraciones elevadas. Les faltan calor y movimiento, pero es útil leerlas y meditarlas. Son el breviario de un corto número de elegidos. Las cartas fueron lo mejor que hizo. Basta solamente indicar sus demás obras:

El príncipe ó el ministro de Estado (1631) es el retrato del príncipe ideal, tal como puede imaginarlo un honrado soñador, y en el que cuesta trabajo reconocer al modelo, que no fué otro que Luis XIII.

Aristipo ó la Corte, era su libro preferido. Apareció en 1658, editado por Elzevir. He aquí lo que decía de él:

— Mi *Aristipo* es mi libro predilecto, la delicia de mis ojos y el consuelo de mi vejez. Lo he hecho y rehecho una docena de veces y he empleado en hacerlo toda mi ciencia, todo mi ingenio y todo el de los demás.

En dicho libro consignó los recuerdos de sus conversaciones con los grandes personajes á quienes había tratado. Es una especie de manual de la corte hecho *a priori* y de memoria, por un hombre que conoce mal el asunto y pinta el mundo de los cortesanos bajo Luis XIV, según los antiguos y según la idea que de él podía formarse, desde lejos, un habitante de la Charente. Tomó por modelo á Richelieu, trazando su retrato idealizado en estilo limado, acompasado, de efectos premeditados. Perrault dice muy cuerdamente de él:

— El estilo es más puro y más limado que el de sus demás obras y contiene una infinidad de preceptos de moral y de política que, además de tener toda la solidez propia de los libros que no tienen otra cualidad, poseen por añadidura el atractivo singular de la dicción y de la armonía de las palabras.

En resumen, son todos méritos de forma.

El *Sócrates cristiano*, disertación moral acerca de la excelencia de la virtud y la religión, señala la fecha en que, antes de 1632, se consagró Balzac á la devoción, yéndose á vivir al convento de capuchinos de Angulema y distribuyendo sus bienes á las casas piadosas.

Una sátira, *el Barbón*, y algunos excelentes versos latinos completan el conjunto de esta obra llena de presunción, debida á un escritor de gran mérito que cubrió con suntuoso manto la nada de sus observa-

ciones y de sus teorías. Es charla ampulosa, retórica solemne, el triunfo de la forma, que ocultó durante algún tiempo la indigencia del fondo. Pasemos adelante.

Cuando las cartas de Balzac llegaban á la Cámara Azul, tenían por lector al que fué, con Voiture, el alma de aquel círculo, es decir, al famoso Chapelain.

Juan Chapelain (1595-1674), hijo de un notario, tuvo por madre á la hija de Miguel Corbière, amigo de Ronsard, y ésta soñó para sus retoños una fama igual á la del amigo de su padre. Vió cumplido su deseo, porque su Juan fué proclamado « rey de los autores », lo cual nos admira hoy grandemente.

Tuvo por maestro á un tal Nicolás Bourbón, gran borracho, y muy avaro, que no dormía cuando estaba convidado para el día siguiente. Sólo estimaba los versos latinos y antes que leer versos franceses, hubiera preferido beber agua.

Chapelain empezó por el preceptorado y atendió á la educación de los dos hijos del marqués de la Trousse, que le hizo nombrar arquero del prebostazgo. Pero al pacífico Chapelain le daba miedo la espada que tenía que llevar á la cintura é hizo dimisión¹.

Estudiaba mucho y pasaba por sabio. Cuando llegó á París el caballero Marini con su poema *Adonis*, pidió un prefacio á Chapelain que con esto acabó de ponerse de moda. Fijóse en él Richelieu y su protegido le dió las gracias por medio de una oda que admiró el mismo Boileau y que colocó á su autor en la primera fila de los poetas. No está desprovista de talento y tiene estrofas de excelente corte en que asegura la gloria á Richelieu, siendo de notar especialmente esta majestuosa imagen:

Ainsi le haut Olympe, à ses pieds sablonneux,
Laisse fumer la poudre et gronder le tonnerre,
Et garde son sommet tranquille et lumineux².

Consideróse que las Musas francesas habían hallado un consuelo en la persona del Sr. Chapelain y una compensación ventajosa por la pérdida sufrida en la persona de Malherbe.

1. En su juventud, y rindiendo culto á la moda, estudió Chapelain el castellano (V. pág. 322, nota) y tradujo con acierto *Las Aventuras del Picaro Guzmán de Alfarache*. (N. del T.)

2. Tal el soberbio Olimpo, en su falda arenosa,
Deja humear la pólvora y el trueno restallar,
Y conserva su cima tranquila y luminosa.

— El Sr. Chapelain, dice Baillet, parecía haber heredado la reputación de Malherbe y se decía públicamente que era el príncipe de los poetas franceses.

Su autoridad fué considerable y muy acatada.

El joven Racine le consultó acerca de la oda *La Ninfa del Sena* y Chapelain le censuró, con mucha razón, el haber puesto en el agua dulce de un río, tritones que son divinidades de agua salada. El mismo gran Corneille le celebraba en versos latinos; y el obispo Godeau, solicitado para que escribiese un poema épico, se esquivó cediendo este honor á Chapelain.

Para colmo de gloria fué el interlocutor principal de la novela del abate de Pure, *la Preciosa* (1636), bajo el seudónimo de *Partenoide*.

Favorecido con rentas por el cardenal, pudo consagrarse con independencia á su famoso poema, *La Doncella*, cuyo solo plan le costó cinco años. En cuanto á la ejecución ¿por qué había de apresurarse? El duque de Longueville, descendiente de Dunois, orgulloso con la elección de aquel asunto por un hombre tan considerable como Chapelain, le pagó una renta anual de 2.000 libras, que debía durar hasta la terminación de la obra. ¿Es admirable que emplease en ella veinte años? ¿Y no parece modesto este lapso de tiempo, dado que acabar el poema era matar la gallina de los huevos de oro?

De esta suerte se fué estableciendo de antemano el éxito de *la Doncella*; sólo se conocían algunos fragmentos, y aun esto era patrimonio de algunos privilegiados; los demás la conocían de oídas; reinaba como cierto misterio; parecía de buen tono admirar de antemano, y Chapelain vivió de su gloria inédita.

De *La Doncella*, poema en veinticuatro cantos, aparecieron doce, que tuvieron ocho ediciones, lo cual demuestra cuán excitada estaba la curiosidad. Los doce últimos cantos y el prefacio que escribió Chapelain á consecuencia de los múltiples ataques de que fué objeto, se conservan aún manuscritos en la Biblioteca Nacional.

En dicho prefacio justificativo, explicaba el poeta su propósito:

Fué más bien un ensayo que una resolución determinada, para ver si esta especie de poesía, condenada como imposible por nuestros mejores escritores, era cosa verdaderamente deplorable, y si la teoría, que no me era enteramente desconocida, no me serviría para demostrar á mis amigos, con mi ejemplo que, sin necesidad de tener una excesiva elevación de espíritu, se podía poner en práctica; sobre todo estaba muy lejos de creer que lo que yo hacía en la sombra saliese jamás al público.

Después pasaba revista á sus rivales en el género con una modestia de buena ley:

Presentándome después de tantos escritores ilustres, cuyos méritos lograron el favor público ¿no he de abrigar el temor de que se me rehuse el aplauso que tal vez hubiera obtenido si hubiese sido el primero en emprender esta senda? En efecto ¿qué puede oponer la *Doncella*, en la pintura animada, al *Moisés* del Sr. Saint-Amant; en el atrevimiento y vivacidad, al *San Luis* del Reverendo Padre Le Moyne; en la pureza, facilidad y majestad, al *San Pablo* de Monseñor el obispo de Vence: en la abundancia y pompa, al *Alarico* del Sr. de Scudéry; por último, en la diversidad y adorno, al *Clodoveo* del Sr. Desmarest? No hablo de la *Farsalia* del Sr. de Brébœuf, aunque sus vigorosas expresiones en nada ceden á las del original, pudiendo verse fácilmente por tan brillante copia hasta donde podía tender su vuelo si no se hubiese limitado á una traducción. *La Doncella* se reconoce inferior en todo á semejantes héroes y, si no pudiese vanagloriarse de haberlos incitado con su ejemplo á emprender tan gloriosa carrera, no se atrevería ni aun á juzgarse digna de emprenderla después de ellos. ¿Qué he de decir aún de la ventaja que sin duda le llevan la gravedad magnífica del *Constantino* del Reverendo Padre Mambrun y el *Martel* del Sr. de Boissat á la inculca sencillez de mi pastora? Y si se pudiese hacer igual comparación entre poemas de lengua diferente, como entre los de una misma lengua, ¿qué diría por último de la *Conquista de Granada* del Sr. Girolamo Graziani, poniendo su riqueza en parangón con la pobreza de mi *Francia libertada*?

Después revelaba el alcance místico de su pensamiento en un breve análisis que da como el esquema de su poema:

Dispuse toda la materia de tal suerte que Francia debe representar el alma del hombre en guerra consigo mismo y presa de las más violentas emociones. El rey Carlos, la voluntad absoluta é inclinada al bien por su naturaleza, pero fácil de inclinar al mal, disfrazado con las apariencias de bien; el inglés y el borgoñón, súbditos y enemigos de Carlos, los diversos transportes del apetito irascible que alteran el imperio legítimo de la voluntad; Amaury é Inés, el uno favorito y la otra amante del príncipe, los diferentes movimientos del apetito concupiscente que corrompe la inocencia y la voluntad con sus inducciones y sus encantos; el conde de Dunois, pariente del rey, inseparable de sus intereses y campeón de sus derechos, la virtud que tiene sus raíces en la voluntad, que mantiene los gérmenes de justicia que hay en ella, y que combate siempre por libertarla del yugo tiránico de las pasiones; Tanneguy, jefe del consejo de Carlos, el entendimiento que ilustra la voluntad ciega; y la *Doncella*, que llega para ayudar al monarca, contra los borgoñones é ingleses y que le libra de Inés y de Amaury, la gracia divina que, en medio del embarazo y abatimiento de todas las potencias del alma, llega á reformar la voluntad, á sostener el entendimiento, á unirse á la virtud, y, mediante un esfuerzo victorioso, que sujeta á la voluntad los apetitos irascibles y concupiscentes que la perturban y afeminan, logra producir esa paz interior y esa perfecta tranquilidad en que, según todas las opiniones, reside el sumo bien.

Eran estas palabras muy á propósito para defender una obra terriblemente atacada y que se prestaba á la censura. Ciertamente no se puede dudar que contiene buenos versos, citándose en particular los

del libro primero en que describe la corte celestial; pero ¡qué de languideces y de puerilidades! ¡qué realismo fuera de lugar ó desagradable, fútil ó poco delicado!

El autor muestra fastidiosa predilección por las trivialidades demasiado bajas.

Si se trata de la muerte de la Doncella de Orleans y del cruel esmero con que el pueblo prepara su hoguera, Chapelain no nos perdonará ni un solo leño, ni una sola capa de pez. Tampoco permitirá que perdamos el más ligero detalle en los preparativos de la coronación del rey en Reims, empezando por el tablado de robustas vigas cuyas tablas serán cubiertas con un tapiz con fondo de oro, sembrado de rosas blancas.

Cuando Roger, hermano de Inés Sorel, explica á unos santos obispos los cuadros que adornan la galería de Fontainebleau, alza, según dice el poeta, el bastón y la voz á la vez, pero como no puede estar siempre hablando y andando, al llegar al final de la galería, « se sientan, toman aliento y vuelven á levantarse ». Y de pronto el poeta toma la trompa épica para agrandar objetos insignificantes y compara, como hace observar Guizot, el flujo y reflujo del océano con las idas y venidas de los dos obispos y del paje que van y vienen por la galería.

Al principio el público ilustrado acogió la obra con asombro, después con cierta sonrisa, por último con malicia, y la crítica, cobrando cada vez mayor osadía, llegó á hacerse terrible. El poeta Linières, — un borracho que, cierto día que tenía sed, bebió agua en la pila del agua bendita donde su querida había mojado los dedos, — le dirigió los primeros tiros: diciendo entre otras cosas:

Nous attendons de Chapelain
Ce noble et fameux écrivain
Une incomparable Pucelle;
La cabale en dit force bien;
Depuis vingt ans on parle d'elle.
Dans six mois on n'en dira rien¹.

Entró Boileau en danza, y, después de hacer justicia á las cualidades morales del poeta, declaró que no eran suficientes para constituir un artista.

Todos los contemporáneos alabaron generalmente el carácter de

1.

Del noble y famoso autor
Que se llama Chapelain
Con impaciencia esperamos
Una Doncella sin par.
Hace veinte años la cábala
La anda loando sin cesar.
Pero dentro de seis meses
De ella nada se dirá.

Chapelain que había cuidado de retratarse á sí mismo en la lista de pensiones de que le había encargado Colbert. He aquí sus palabras:

Es hombre que hace profesión rigurosa de amar la virtud sin interés; se ha nutrido desde muy joven en las lenguas y la lectura, lo cual, unido al trato de la buena sociedad, le ha dado bastante conocimiento de las cosas para lograr que se fijasen en él los cardenales de Richelieu y Mazarino, como muy capaz para servir en las negociaciones extranjeras; pero su carácter modesto se ha contentado con ese favorable juicio y se ha consagrado á la empresa de escribir un poema heroico que ocupa su vida, que ya se acerca á su fin. Se le supone muy fuerte en materias de lengua y se le consulta gustosamente acerca del modo cómo hay que trazar el plan de una obra de ingenio, cualquiera que sea, pues ha estudiado todos los géneros y su carácter tiene más de juicioso que de ingenioso; sobre todo es cándido y, como apoya siempre con su voto todo lo verdaderamente bueno, su valor y su sinceridad no le permiten jamás mostrarse complaciente con lo que no lo es. Si no se hubiera consagrado á su poema, podría tal vez escribir regularmente la historia, cuyas condiciones conoce á fondo.

En esta lista, que Chapelain había recibido encargo de formar y por la que se ve el aprecio que hacía de su persona, escribió apreciaciones muy curiosas, sobre todo por los nombres á que sirven de aditamento.

Al Señor Conrart, el cual, sin conocer ninguna otra lengua más que la materna, es admirable para juzgar todas las producciones del ingenio, una pensión de 1.500 libras. — Al Señor Pedro Corneille, primer poeta dramático del mundo, 2.000 libras. — Al Señor Molière, excelente poeta cómico, 1.000 libras. — Al Señor Racine, poeta francés, 800 libras. — Al Señor Chapelain, el mayor poeta francés que ha existido y el de más sólido juicio, 3.000 libras.

Disputáronle este título, para no dejarle sino la fama de hombre bueno. El mismo Boileau decía que la pretensión de elevarle al primer rango entre los poetas excitaba su bilis y le hacía escribir. En efecto, escribió una farsa implacable sobre nuestro poeta, la cual hacía las delicias de los que se reunían en Auteuil, donde sus terribles amigos habían formado una colección de los más extravagantes versos del poema para cantarlos con música de Lulli.

Boileau se divertía también en parodiar el estilo de Chapelain.

Los críticos menudeaban en sus tiros y Vigneul Marville declaraba que « fué la mayor y más deplorable caída que había dado jamás hombre alguno desde las alturas del Parnaso ».

Madama de Longueville no temía incurrir en el enojo de su esposo diciendo que « el poema era perfectamente hermoso, pero perfectamente insoportable ».

El duque, sues poseso, no dió su brazo á torcer, y duplicó la pensión de su poeta, que de esta suerte no lo perdió todo. Desde el punto de vista profesional protestó: